

que con tanta dulzura supo trasladar al lienzo las inspiraciones de su genio, principalmente cuando pintaba á los ángeles y á la bendita Madre del Redentor del mundo. Uno de esos cuadros se halla en el coro, y representa el triunfo de María en su Concepcion, conducida en un carro por los jesuitas. Los otros dos, se hallan actualmente colocados en el remate de los altares que cierran las naves laterales. Uno tiene pintado al Infante Jesus cercado de ángeles, y adorándolo San Ignacio de Loyola, vestido de casulla, y San Francisco Javier, de sobrepelliz, y estola. El otro representa á María con el niño en los brazos, y los adoran San Francisco de Borja y San Estanislao, vestidos de hábitos clericales. Son de mérito estas pinturas; los grupos de ángeles y los ropajes están ejecutados con todo el saber del arte."

"Existen tambien en el Oratorio, en el claustro del tercer piso, diez y ocho retratos de los generales de los jesuitas, desde San Ignacio y San Francisco de Borja, hasta el P. Lorenzo Ricci, á quien estaba encomendado el gobierno de toda la Compañía cuando ella fué universalmente estinguida por la sancion de la bula del Sr. Clemente XIV. No será inútil trasladar aquí como una pequeña curiosidad histórica los nombres de dichos generales. Su orden cronológico parece que es el siguiente; S. Ignacio de Loyola, padre Diego Laynes, San Francisco de Borja, padres Everardo Mercuriano, Claudio Aquaviva, Múcio Viteleschi, Luis Centurioni, Vicente Carráfa, Francisco Picolomini, Goswino Nekl, Alejandro Gotifredo, Juan Pablo Oliva, Carlos de Noyele, Tirso Gonzalez, Miguel Angel Tamburini, Francisco Retz, Ignacio Vizconti, Lorenzo Ricci. Todos estos retratos se hallan tan intactos, que parece acaban de pintarse, cuando cuentan ya cien años de haberse ejecutado por el grandioso pincel de aquel nuestro Cabrera, de renombre inmortal, nacido en Oajaca para honra de la nacion, y á quien, admirando-

lo por sus pinturas, el célebre viajero, conde Beltrami, aplica el dictado de "el Miguel Angel mexicano." Las manos de los repetidos retratos, en distintas actitudes, llaman la atencion, y revelan el saber, la inteligencia y el genio del pintor. Esos cuadros engrandecerian cualquiera galeria de pinturas de América ó de Europa. Son tambien dignos de conservarse como apreciable alhaja otros cuadros que posee el mismo Oratorio y que ejecutó Ibarra. Representan pasajes principales de la vida de la Santísima Virgen, hasta su Tránsito y Asuncion gloriosa. Arrebatan entre ellos la atencion el de los Desposorios, el del Nacimiento de Jesus y el de la adoracion de los Reyes."

Baste ya lo dicho para dar una idea del soberbio edificio y de su esplendísimá dedicacion; á su tiempo oportuno se irán refiriendo las diversas y muy interesantes vicisitudes de todos géneros porque ha ido pasando, hasta la fecha en que escribimos.

1765.

Dá principio en este año la fábrica del suntuosísimo templo de Valenciana: se obtuvo para el efecto licencia del Sumo Pontífice, y se emprendieron los trabajos con gran ardor y entusiasmo.

"La planta de su primitiva construccion, dice el Dr. Romero, en su historia del Obispado de Michoacan, (pág. 163) era tan grandiosa, que ocasionó zelos al cura de Guanaxuato D. Manuel Fernandez: (1) reclamó éste oficialmente porque se levantaba una basilica cuando la licencia se habia otorgado para una capilla: se le dió á ésta especie toda la importancia que se concedia entónces á las de su clase, y despues de reñidos debates, se transó el negocio, conviniendo en que la obra no seguiria adelante: se concluyó por lo mismo donde iba,

(1) El nombre de este Señor no era Manuel, sino Juan de Dios Fernandez de Suosa, de quien muchas veces hemos hablado.

y por tal motivo la iglesia quedó con un cuerpo de menos.”

Contigua al templo se emprendió también la construcción de una muy amplia y hermosa casa, destinada por los Condes de Valenciana para monasterio de religiosos Teatinos, fundados por S. Cayetano, bajo cuyo patronato se erigió la Iglesia; pero se tropezó con algunas dificultades para efectuar la fundación, que por último no tuvo lugar.

1766.—3 de Abril.

Decreta el Ayuntamiento de Guanajuato que se solemnize con espléndidas fiestas el matrimonio del Príncipe de Asturias D. Carlos, con la Princesa Doña Luisa de Parma. “Mandó su Señoría; dice el acuerdo respectivo, que el día domingo, que se contarán 6 del corriente mes y año, se haga publicación solemne, en las partes públicas y acostumbradas de esta ciudad, por voz de pregonero, á son de timbales, tambores y clarines, de la celebridad indicada, cantándose misa de gracias en la Santa Iglesia Parroquial, iluminándose las plazas y calles y casas, colgándose estas, y lidiándose toros los días 12, 13 y 14 del venidero Mayo, y haciéndose todos los demas actos de júbilo que corresponde.”

1766.—11 de Julio.

Renuncia el general D. Pedro de Gabaldon y Cárcel el cargo de Alcalde mayor de la ciudad de Guanajuato, y lo sucede por pocos días D. Rodrigo José de los Rios Enriquez.

1766.—17 de Julio.

Se verifica en Guanajuato un formidable tumulto y levantamiento popular, semejante á los que en otras

épocas habian tenido lugar desde el siglo anterior; pero mucho mas terrible.

A las nueve de la mañana un espantoso tropel de gente de todas las minas se acercó á las casas reales, circundándolas por todos lados, y atronando los aires con tan altas voces y destemplados gritos, que llenaban á todos de terror, sin poder comprender lo que pretendian: se observaba que muchos de ellos traian llaves en las manos, y se entendió por último, en medio de tan horrible confusión, que las voces y exclamaciones mas repetidas eran las de “viva el rey, muera el mal gobierno.”

Salieron el Alcalde mayor y el escribano, queriendo apaciguarlos; mas en vez de conseguirlo, solo veian que crecia mas y mas la multitud, y que aumentaban su furor y vocería, en las mas alarmantes proporciones. Ocurrieron entonces al Sr. Cura y Vicario *in cápite*, Lic. D. Juan José Bonilla, el cual acompañado de los regidores se presentó ante el pueblo exhortándolo á la moderación.

Entendieron entonces que aquella frenética multitud, poderosa como un torrente que ha roto sus diques, exigia: que no se cobraran las alcabalas con tanto rigor, como lo ejecutaba el Administrador D. Jacinto Monasterio; que se extinguieran los estancos que habia puesto en las minas D. Francisco Bustamante; que el estanco general les vendiese libremente el tabaco: y que no se llevara á efecto el empadronamiento y alistamiento para las milicias, que á la sazón se pretendia, con otras cosas de menor importancia. Entre tanto la multitud crecia prodigiosamente, hasta contarse en la plaza de 5 á 6.000 personas, en los cerros de la cañada de Marfil un número mucho mayor, y en los que circunvalan la ciudad cerca de 40.000, todos amenazadores y cargados de armas cortantes ó de fuego, palos, piedras y flechas.

Para buscar los medios de poner fin á tan terrible conflicto, se reunió el cabildo con los Curas y prelados